

zas del rey, reconoció al gobierno provisional organizado en Palermo bajo la presidencia del anciano Rogerio Settimo.

En Nápoles estaba, entre tanto, tan madura la revolución que á cada instante se temía el estallido, y para impedirlo mientras fuese tiempo, el rey Fernando II prefirió conceder voluntariamente lo que quizás al cabo de una hora había de otorgar por fuerza. En 29 de enero publicó súbitamente las bases de una constitución común para Nápoles y Sicilia, en 10 de febrero la promulgó y el 24 del mismo mes la juró solemnemente. Formóse el nuevo ministerio, en el cual entraron dos liberales, Bozzelli y Poerio. El júbilo de los napolitanos por haber conseguido la libertad constitucional, tan anhelada, y el orgullo de ser el primer pueblo que en Italia había realizado tan preciosa conquista, no conocieron límites; pero esta victoria precipitada fué puramente nominal, porque nada se hizo para realizar sus beneficios en la práctica ni menos se satisfizo á los sicilianos, porque la revolución prescindió de los fueros particulares de la isla, y lo que peor era, precipitó á los demás gobiernos italianos fuera del camino de las reformas prudentes, estableciéndose una especie de rivalidad sobre quién haría mas prontas y mayores concesiones para evitar catástrofes. El 8 de febrero Carlos Alberto, á consecuencia de una petición del consejo municipal de Turin, publicó también las bases de una constitución, el 11 prometió hacer lo mismo el gran duque de Toscana, y el 12, imperando ya en Roma el pueblo, tanto que el héroe popular, el tahonero Angel Brunetti, alias *Ciceronaccio*, hubo de tomar al papa bajo su protección, nombró Pio IX un ministerio compuesto en su mayor parte de seculares y hasta se habló de una constitución para los Estados pontificios.

No se dormían, sin embargo, los enemigos de la libertad. El gobierno austriaco reforzó sus guarniciones en la Lombardia; el gobernador general de esta provincia, el feld-marschal Radetzky, militar tan enérgico como sagaz y activo no obstante sus 82 años, hizo saber en una orden del día que estaba preparado á rechazar todo ataque, ya viniese del interior ya de fuera, y el 22 de febrero decretó el estado de sitio. En Venecia fueron presos los literatos Manin y Tommaseo, jefes del partido nacional. El gobierno francés, por su parte, tenía preparada en Tolon una división de siete mil hombres, á punto de embarcarse al primer aviso, y en 7 de febrero escribió Guizot al canciller de Austria que la Francia vigilaba estrechamente al rey de Cerdeña; que estaba dispuesta, además, á ponerse de acuerdo con las demás potencias continentales para la conservación de la división territorial política de Italia; que una vez puestas de acuerdo, se invitara á la Inglaterra á asociarse á la coalición; y que su mayor deseo era ver robustecida la posición del Austria en la Lombardia y en Venecia sin hacer concesiones de ninguna clase.

La ocasión no podía presentarse, en realidad, á los ojos de Luis Felipe y de su ministro mas propicia para aislar á la Inglaterra y devolverle la humillación por que había hecho pasar á la Francia en el año 1840, porque la coalición de las potencias continentales podía darse por hecha, tanto que el mismo rey de Prusia Federico Guillermo IV, furioso por los sucesos de Suiza y el ningún respeto con que el consejo federal había tratado al canton de Neuchatel y á los súbditos fieles de S. M. prusiana, había enviado, en el mes de enero de 1848, á su confidente Radowitz á Paris para concertar con aquel gobierno y el de Austria una intervención armada en Suiza. El 15 de marzo se celebró la conferencia, y el 24, el ministro ruso, Nesselrode, al ver que la coalición se formalizaba, redactó una nota dirigida al gobierno inglés, en que se quejaba en términos violentísimos del «benévolo

protector de toda empresa revolucionaria que tendiera á introducir instituciones representativas en Italia.» Pero el mismo día en que el estadista ruso firmaba esta nota en San Petersburgo, era derribado en Paris el trono de Luis Felipe.

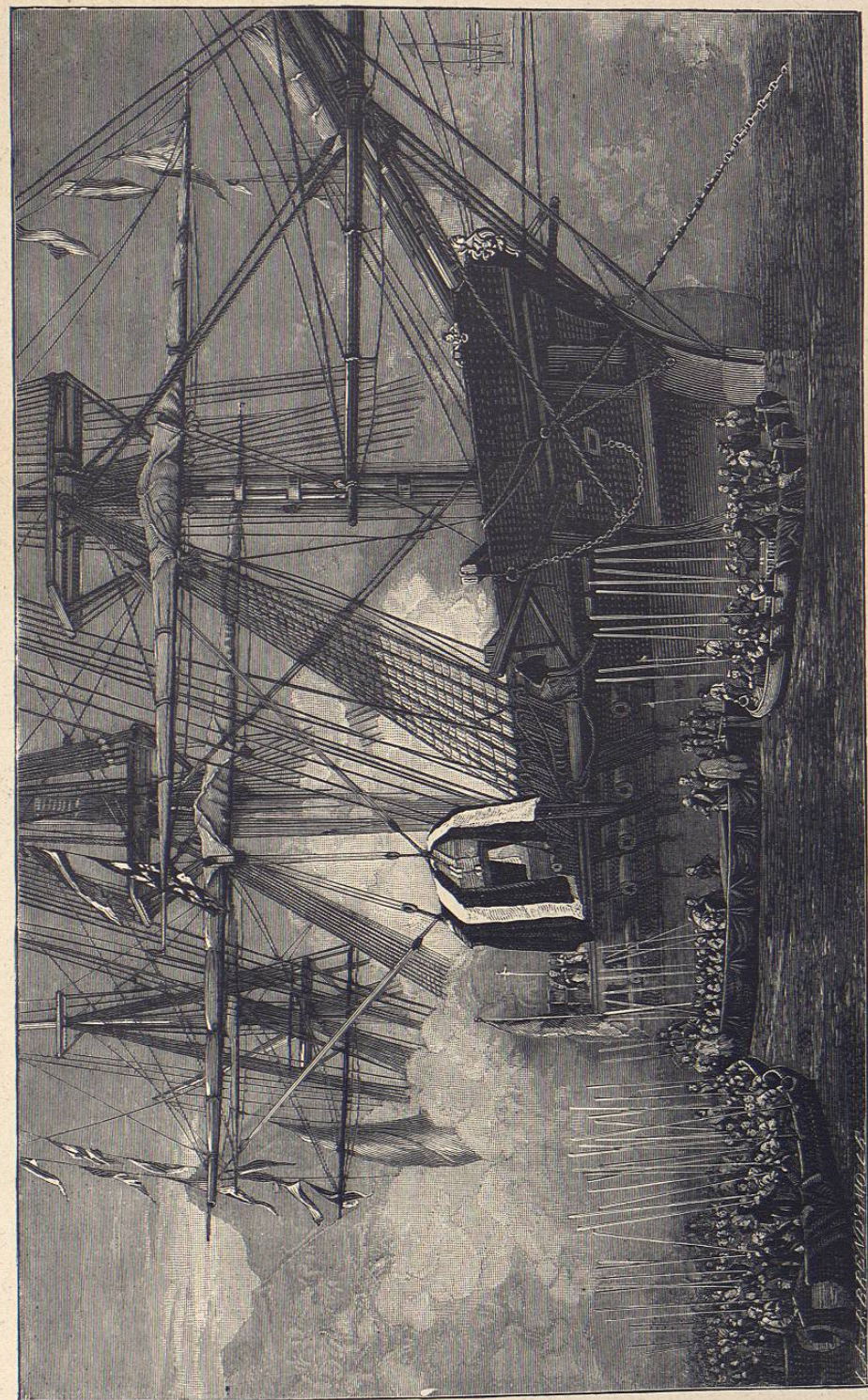
## CAPITULO V

### FIN DE LA MONARQUIA DE JULIO

En un discurso que Lamartine pronunció con motivo de las bodas reales de Madrid en la cámara de diputados, dijo: «Desde aquel día, ha tenido que ser la Francia todo lo que está mas reñido con su índole y con sus tradiciones: anti-papal en Roma, papista en Berna, austriaca en el Piamonte, rusa en Cracovia, francesa en ninguna parte y anti-revolucionaria en todas.» Las ideas liberales exhibidas por Luis Felipe en 1830 habían sido solo aparentes, y corriendo los años se había ido apartando de ellas por completo. Había consentido, en 1840, en la traslación de los restos de Napoleón desde la isla de Santa Elena á Paris, á propuesta de Thiers, y lo había hecho solamente, según dijo, para desviar la atención de la Francia liberal de un terreno arriesgado á otro menos peligroso; y la cámara había votado con el mayor entusiasmo los gastos de la expedición, para cumplir la última voluntad del emperador expresada en estos términos: «Deseo que mis cenizas descansen á orillas del Sena, entre ese pueblo francés á quien tanto he amado.» El gobierno inglés había dado su consentimiento sin dificultad, y aquel mismo año se verificó la expedición, á las órdenes del príncipe de Joinville, que se llevó para mayor solemnidad á cuatro antiguos compañeros de armas y de destierro del emperador. Nadie sospechó entonces que hubiese quien trabajaba para recibir en lugar de Luis Felipe los restos del emperador y resucitar el imperio.

El príncipe Luis Napoleón desde su expulsión de Suiza había vivido en Londres, empleando su tiempo entre las diversiones de la alta aristocracia y los estudios políticos, cuyo fruto acababa por entonces de dar á luz con el título de: *Ideas napoleónicas*. Lleno de fe en la buena estrella de su familia, no le cabía duda de que estaba destinado á restablecer el trono imperial y á llevar á cabo la obra no concluida de su tío, á saber, la formación de un imperio cimentado sobre las ideas democráticas. En este deseo le confirmó el culto napoleónico que desde Francia invadió hasta los países que mas motivos tenían para execrar al difunto emperador, y le pareció que bastaría presentarse en Francia con su bandera desplegada para llevarse todos los sufragios. El gobierno de Luis Felipe tenía noticia de todo ya en el mes de mayo de 1840, é hizo vigilar al príncipe por sus agentes, y hasta se cree que Thiers, para tener el placer y la gloria de desbaratar la intentona, apresuró su ejecución. En 6 de agosto embarcóse el príncipe con sesenta compañeros aproximadamente en Gravesend y desembarcó cerca de Wimereux en la costa francesa, llevando impresas millares de proclamas y no pocos decretos en los cuales declaraba destituida la familia de Orleans, disolvía el parlamento y convocaba un congreso nacional. También llevaba consigo una águila viva para hacerla volar á su llegada, capricho que motivó tantas pullas sangrientas (1). La comitiva hizo prisioneros á los carabineros del punto donde desembarcó, y en seguida se dirigió á Boulogne, donde fué recibida con el grito de: «¡Viva el emperador!» por el regimiento número 42, formado allí por orden de un jefe iniciado en la conspiración. Sin embargo,

(1) El conde de Orsi, que figuró en la expedición, dijo despues que el príncipe ignoraba que entre el bagaje hubiese una águila. Véase el periódico inglés: *Fraser's Magazine*, del mes de agosto de 1879.



Embarque de los restos mortales de Napoleón I á bordo de la fragata *La Belle Poule*

arengados los soldados inmediatamente por un capitán que acudió á tiempo, volvieron sin tardar á la obediencia. La poblacion permaneció espectadora muda del suceso, y á la vista de nuevas fuerzas, que acudieron á toda prisa, se dispersó la expedicion; el príncipe con algunos de sus compañeros saltó á una lancha, pero esta volcó, y la guardia nacional, que habia llegado, se encargó de recoger al príncipe y á los demás que se zambullian delante de ella, haciendo un papel ridículo. Los franceses apenas se cuidaron de este suceso porque entonces absorbía toda la atención la cuestion de Oriente. La causa criminal que se formó á los culpables, que eran en número de 74, pasó casi inadvertida; Luis Napoleón fué condenado á encierro perpetuo, siendo conducido con este objeto á la fortaleza de Ham, tan completamente desacreditado que nadie hizo caso de su evasión, cuando la realizó, en mayo de 1846, con el auxilio de su médico, el doctor Conneau, que le proporcionó un traje de albañil.

El 30 de noviembre de 1840 el príncipe de Joinville con su buque, que llevaba la preciosa carga, entró en el puerto de Cherburgo; la conduccion de los restos mortales del emperador á la capital de Francia y su entierro en la iglesia de los Inválidos se hicieron con la pompa y los discursos retumbantes que son de suponer, pues que un ministro de Luis Felipe, Remusat, al comunicar el programa á la cámara dijo: «Fué emperador y rey; fué soberano legítimo de nuestro país, y como tal le tocara ser enterrado en San Dionisio; mas para Napoleón no hasta la sepultura comun de los reyes.» Este lujo y el entusiasmo que los recuerdos gloriosos despertaron en Francia formaban un contraste muy funesto para la dinastía de Orleans con la derrota diplomática que cabalmente entonces habia tocado á la nacion en la cuestion de Oriente; pero unidos á la disposicion belicosa que entonces se habia apoderado de los franceses, hicieron que el rey consiguiera la realizacion de una de sus grandes ideas favoritas, la fortificacion de Paris, aconsejada ya en su tiempo por Vauban y decidida en principio por Napoleón. Habia el rey presentado ya el proyecto á las cámaras en el año 1833 pero entonces no encontró oídos, ya por no gustar á la opinion pública, ya por los gastos que envolvia. Esta vez fué muy violenta todavía la oposicion que encontró el proyecto, porque el pueblo comprendió que mas iba dirigido contra él que contra enemigos extranjeros; pero al fin se votó con alguna modificacion, así como la suma enorme de 140 millones de francos, en que estaban presupuestadas las obras y el armamento.

Las relaciones del pueblo con el rey se enfriaron rápidamente, la confianza se cambió en recelo y la amistad en hostilidad; la prensa desenfrenada tradujo esta disposicion de los ánimos en cargos insultantes é invectivas contra el rey y su gobierno, que estos tuvieron que aguantar porque hasta en los casos mas flagrantes los tribunales absolvian á los culpables, como cuando el *National*, redactado por Armand Marrast exclamó: «¡Sí, vosotros, los ministros todos sois cómplices, conocemos tambien al culpable principal, la Francia sabe tambien quién es y la posteridad lo dirá!» Esta alusion trasparente al rey quedó sin castigo, el periódico fué absuelto, y al dia siguiente dijo: «Sí, fué el rey á quien aludimos, nuestra idea era clara, y los términos en que la expresamos no daban lugar á duda, decir lo contrario seria insultar la inteligencia de los jurados, además de ser una impostura indigna de nosotros.» Esto dió lugar á una nueva causa y otra vez fué absuelto el periódico. *La France*, periódico clerical, copió de los periódicos ingleses tres cartas del rey que le comprometian en extremo, pero que resultaron despues ser obra de una mujer aventurera, y tambien absolvieron los jurados al periódico, á pesar de lo odioso de su proceder.

Una sola vez en esta situacion envenenada volvió á impedir durante un instante un sentimiento generoso y fué cuando el hijo mayor del rey Luis Felipe, el duque de Orleans, tuvo la desgracia de morir á la edad de treinta y dos años, al saltar del coche por haberse desbocado los caballos, en la carretera de Neuilly al ir á despedirse, en 13 de junio de 1842, de sus padres antes de partir para el campamento de Saint-Omer, donde debia asistir á las maniobras militares. Era este príncipe entre todos los hijos de Luis Felipe, el que prometia mas y el mas simpático á los franceses, por cuya razon al divulgarse la noticia se apoderó de toda la nacion un presentimiento siniestro respecto de la duracion de la dinastía de Orleans. Quedó como heredero presunto el hijo del difunto, el conde de Paris, y segun una ley promulgada poco antes, tocaba, á la muerte de Luis Felipe, la regencia hasta la mayor edad del heredero legítimo, al hermano inmediato del padre de este, es decir, al duque de Nemours, que al revés del difunto era el mas antipático por su carácter frio y rígido, aunque era tambien el mas capaz de los hijos del rey. El partido legitimista cobró súbitamente nuevos bríos, y para demostrarlo, sus hombres mas notables pasaron á Londres á presentar allí sus homenajes al duque de Burdeos (conde de Chambord), que á la sazón contaba veintitres años y habia ido á la capital inglesa para recibir á sus fieles súbditos en corte. Para contestar á este reto del partido legitimista, la cámara de los diputados de acuerdo con el gobierno estampó en su contestacion, del 27 de diciembre de 1843, al discurso del trono esta frase: «La conciencia pública rechaza manifestaciones punibles.» De esta alusion tomó pié el orador legitimista Berryer en uno de sus discursos para referirse en términos sarcásticos al viaje que Guizot habia hecho á Gante en el tiempo de los cien dias del segundo imperio de Napoleón, para hacer la corte á Luis XVIII. Este recuerdo malicioso provocó en la cámara una tempestad como pocas se habian visto; en medio de las vociferaciones gritó Guizot, dominando el ruido con acento orgulloso: «Sí, yo fuí á Gante, (y lo repitió una porcion de veces), fuí para inducir á Luis XVIII á dar garantías constitucionales; y ahora que se amontonan contra mí cuanto se quiera, iras, ultrajes y calumnias; nunca llegarán á la altura de mi desprecio.» Esta altanería en lugar de reconciliar al país con el gobierno ahondó el abismo que separaba á ambos; sin embargo Guizot cuanto mas aborrecido se veia mas se aferraba á su doctrinarismo petrificado y menos le ocurrió adaptarse á la índole del rey, tan semejante á la suya. El aislamiento creciente aproximó á los dos caracteres, tan afines ya; desde el 29 de octubre de 1840 no hubo ya crisis ministeriales, y cuando Soult salió del ministerio, en 19 de setiembre de 1847, pasó Guizot á ocupar la presidencia.

Esta política de rigidez é inflexibilidad doctoral fué el gran secreto que el rey y su ministro creyeron haber descubierto para vencer á todos sus enemigos, porque para ellos desde 1839 el partido revolucionario estaba fuera de combate. Pero si los jefes de los socialistas y comunistas estaban en poder del gobierno, no dejaban de funcionar las sociedades secretas, que bajo nuevos nombres, como las llamadas *regididas*, seguian la marcha de las antiguas, conforme lo probaron los atentados á la vida del rey de Darnes, Quessinet y Lecomte. El número de sus iniciados se aumentó á medida que la propaganda mas infatigable iba aficionando á los proletarios á la lectura política, pero las clases felices, las favorecidas por la fortuna, no vieron el peligro que por este lado se iba condensando, aunque el poeta alemán Heine oia ya en 1843, «entre el ruido monótono de los intereses que gota á gota se iban uniendo á los capitales, aumentándolos sin cesar, y los gemidos lastimeros de la miseria, algo como el